LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 14 DE ENERO DE 1889 — NÚM. 368

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES



EL CONTINUADOR DE LA RAZA cuadro de Atilio Simonetti

nercancía y compró algunas chucherías para desembara-
arse del importuno, que salió de la estancia haciendo
randes reverencias y declarando al salir su condición
le judío damasceno. Contestó Cano á tal nueva con
na serie de improperios y amenazas tales que el israeli-
a huyó espantado; arrojó luego las baratijas lejos de sí
incontinenti hizo venir á un alarife con el cual ajustó
l enladrillado nuevo de todo el piso que el hijo de Ja-
ob había hollado con su planta. A tales extremos le
onducía su intransigencia en este punto.

No era menor su aversión á las imágenes ó cuadros de
nalos artistas; por eso en su última enfermedad habién-
ole presentado el sacerdote que le ayudaba á bien morir,
n crucifijo de mucha devoción pero muy mal esculpido,
e negó á mirarlo diciendo: *Deme, Padre, una cruz sola,
ue yo allá con la fe venero á Jesucristo y le reverencio co-
no es en sí, y como lo contemplo en mi idea.*

El sincronismo de las fechas me lleva insensiblemente
decir dos palabras acerca de las lúgubres manías de
Gregorio Hernández, el preclaro escultor que tanta fama
ogró en Valladolid y en ambas Castillas en el primer
ercio del siglo XVII. Hombre de vida ejemplar, alter-
aba los estudios artísticos con las prácticas más devotas
e mortificación y caridad, y en muchas ocasiones deja-
a los útiles de esculpir y se encaminaba al cementerio
ara ayudar á los sepultureros á enterrar los cadáveres
e los pobres. Hasta aquí tan edificante conducta sólo
restaría motivo de admiración, pero Gregorio Hernández
evaba más adelante sus tétricas ideas y un contempo-
áneo refiere que en algunas ocasiones su taller situado
n el Campo Grande aparecía cubierto de negros paños
fúnebres atributos, y los asombrados discípulos encon-
raban á su maestro, rodeado de blandones, vestido de
armelita é inmóvil dentro del ataúd, que al efecto tenía
reparado y del que no salía sino á ruegos de su atribu-
ada esposa.

En la época contemporánea no faltarían ciertamente
asgos curiosos de artistas ilustres, dignos de ser conoci-
os de mis lectores, mas las personalidades á quienes pu-
iera referirme, ó viven aún ó hace pocos años que baja-
on al sepulcro y todavía no está bien definido su carác-
er. Para entregar al público ciertas intimidades, creo
ue antes hace falta que el tiempo dé al personaje cierto
arácter legendario y fije además el verdadero valor de
us obras; de otra suerte, la narración biográfica corre
esgo de transformarse en medio de ensalzar al que poco
ale por otro concepto ó de rebajar legítimos méritos.

Por otra parte el espacio de que puedo disponer es
mitado y fuerza es terminar este artículo. Antes sin em-
argo haré observar que si pudiéramos conocer la vida
ntima de los hombres de verdadero genio artístico, asom-
raría el número de extravagancias que acompañan á la
acultad creadora.

La causa de ello hay que buscarla en el predominio
e las facultades imaginativas sobre las demás. El culto
l arte bello, semejante en sus efectos á los que produ-
en el opio y el haschisch, exaltando el cerebro, condu-
e al hombre á regiones desconocidas para los demás
nortales, embriagándole con sueños fantásticos, que pro-
ucen, es cierto, goces inexplicables, pero que poco á poco
asforman el organismo, haciéndole más apto para sentir
crear la belleza, pero menos á propósito para las mate-
alidades de la vida, con las que se encuentra en conti-
uo choque. El artista español de los siglos XVI á XVIII,
asi siempre creyente y de carácter algún tanto sombrío
altanero, al despertar de sus ensueños incurrió alguna
ez en arrebatos de carácter ó místicas rarezas, pero jamás
e degradó hasta las sangrientas escenas ó libidinosas
rgías que H. Taine refiere de otros artistas del Rena-
miento, en sus obras sobre la filosofía del arte.

En nuestro siglo, cediendo á influencias de la vecina
ación, ha existido un período en que se creyó indispen-
able por algunos imitar á los *rapins* de los estudios
arisienses, ostentar largas melenas, llevar sombreros
strafalarios, trajes inverosímiles y correr el mayor número
osible de aventuras. Hoy, á Dios gracias, han pasado ta-
s modas y si existen excentricidades entre los artistas,
on éstas genuinas de cada individuo y no de importa-
ón francesa. Por lo demás, ya no estamos en los tiem-
os en que se permitía á los artistas andar á cuchilladas
la luz de los retablos, y cabe afirmar que todos cuan-
s al arte se dedican prefieren de seguro el primer lugar
n un certamen de su profesión á un premio distinguido
n un concurso de personajes excéntricos.

A. Danvila Jaldero.

LIPA Y CAPOTIN

(Conclusión)

– Pues yo no tengo dónde traer. ¡Ah! sí, espera; la
aeré en la gorra.

Dicho esto, corrió hacia una fuente y al poco rato vol-
ó con la gorra llena de agua, con la cual satisfizo Lipa
sed, colocando después el vaso sobre la rama del
bol para que se secase.

Aquella tarde quedó firmada una estrecha amistad en-
e aquellos niños.

Dieron las seis y el amigo de Lipa, distraído con la
onversación y con el juego, pues en su bolsillo llevaba
na baraja con la cual jugaron á la brisca, no se dió
uenta de la hora que era. Al notar que anochecía, dijo:

– Chico, yo ya me voy, que sino el amo me va á pegar. ¿Tú no te vas á casa?

– Yo no tengo casa, – respondió Lipa con gran naturalidad.

– ¿Y vas á estarte aquí toda la noche?

– Pues claro.

– ¿*Quiés* venir conmigo? Yo creo que el amo no dirá *ná*. En la cuadra hay mucho sitio y allí estaremos los dos.

– No *matrevo*.

– Anda, hombre; y sino nos *quearemos* los dos en cualquier parte, que bancos *pa* dormir ya hay.

Dióse por convencido Lipa; levantóse con gran trabajo y comenzó á andar, pero á los pocos pasos dijo:

– No *pueo*, me duele mucho esta maldita pata.

– Anda, cobarde, – repuso el otro, – agárrate á mí.

Arrastrando la pierna, llegó Lipa hasta la plaza Mayor, pero allí el dolor le impidió continuar. Entonces comenzó á llorar fuertemente, diciendo:

– ¡Ay Dios, que tendré que volver al hospital!

El otro le miró un rato sin decir una palabra.

Seguía el llanto de Lipa, cuando su compañero le dijo:

– No llores, hombre, en casa no te echarán. Mira, de aquí á la calle de Toledo, yo te *pueo* llevar á cuestas: anda, agárrate al cuello; – y diciendo esto se inclinó, presentando sus espaldas á Lipa. Este no se hizo de rogar, agarróse al hombro de su amigo y de pronto se secaron sus lágrimas y dijo:

– ¡Arre, burro!

Así llegaron á un parador de lo último de la calle de Toledo. Allí el amigo de Lipa dijo á la dueña lo que ocurría, y éste fué admitido para dormir en la cuadra.

Allá se fueron los dos amigos, comieron unos mendrugos de pan y se tumbaron sobre la paja.

– ¡Qué bien se está aquí! – dijo Lipa.

– Ya lo creo, – repuso el otro.

Reinó un rato el silencio y comenzóse á oir la acompasada respiración de Lipa, que empezaba á dormirse.

Su compañero le despertó diciéndole:

– Oye tú, ¿cómo te llamas?

– Yo Lipa, ¿y tú?

– Yo Capotín.

Cuando á la mañana siguiente despertó Lipa, sentía agudísimos dolores en la pierna.

Por conducto de Capotín supo la dueña del parador los padecimientos del muchacho; y compadecida de él, hizo que le subieran, desde la cuadra en que había dormido, á un cuarto, en el que había un catre que á Lipa pareció de plumas, por más que sólo un menguado y flaco colchón de borra tenía.

La buena y caritativa mujer trató solícitamente al niño, poniéndole en la parte dolorida paños de árnica y dándole de dos en dos horas sendas tazas de caldo, y al mediodía y á la tarde sabrosas chuletas.

Con tales cuidados y la asistencia de un médico, que fué llamado para que sanara á Lipa, no tardó éste en saltar del catre, más fuerte que un roble, y con tales colores en las mejillas, que parecía que de ellas iba á brotar la sangre.

La dueña del parador era una hermosa mujer, como de unos cuarenta años, de elevadísima estatura, carnes superabundantes y pronunciadísimas curvas, que no se dejaban sujetar por tiránico corsé, ó por lo menos, que al ser oprimidas, protestaban saliéndose por todas partes.

La cara de la *Inesona*, como la llamaban en el barrio, era redonda, de un color moreno subido, de grandes ojos negros, boca grande y de labios delgados, sombreado el superior por un vello que era algo más que ligero.

Su cabello era negro también, pero tan negro, que llegaba á tener visos azulados. Inesona peinábase con grandísimo esmero, poniéndose su moño alto como una coronilla y tan estirado y lustroso, que parecía que en él se daba barniz.

Vestía siempre de aparejo redondo y sus modales eran desgarrados, su lenguaje no era de mieles, sino muy al contrario, estaba en perfecta armonía con el de los arrieros que frecuentaban su casa.

Aquel cuerpo ordinario, aquellos modales y aquel su continuo gruñir y jurar, eran, sin embargo, el disfraz de un corazón sensible y de un alma toda bondades y generosidades.

Cuando Lipa hubo recobrado la salud, díjole un día la Inesona:

– Oye tú, Lipa ó Lapa de los demonios, que bien te me has *pegao*, ahora ya estás bueno, con que á ganarte la vida, granuja, que yo no estoy *pa* curar á *toos* los cojos. Si estás cojo vete á Santana, que *toos* van allí con su pata galana.

– Bueno, *señá* Inés, me iré esta misma tarde, – contestó Lipa.

– ¿Y adónde vas á ir, si no tienes padre ni madre ni perrito que te ladre, *condenao*?

– Pues á la calle.

– ¿Y en dónde dormirás esta noche? en la calle también, para que se te vuelva á poner mala la pata y me cueste un dineral remendártela.

– No señora, si ya estoy *juerte*.

– ¡Ya estás *juerte*, ya estás *juerte!* Cállate, *mequeltrefe*, granuja, ¿tú qué sabes cómo estás? Mira, esta noche vienes á dormir á la cuadra con Capotín, y tú y él os arregláis. Ah, y vente á comer también, que donde comen tres comen cuatro. Pero no creas que te vas á encontrar la papucia de bóbolis bóbolis: si *quiés* llenar la panza, has de trabajar; con que ya lo sabes, ayudarás á Capotín.

– ¡Pero si Capotín no hace *ná!*

– También *tiés* razón, pero no importa, le ayudas. Ahora sois chicos; ya creceréis y entonces serviréis *pa* algo más. Con que á la calle, que aquí sobran los mocosos.

Cambió por completo la suerte de Lipa; pasó de mendigo á propietario de un sitio en una hermosa cuadra y á *caballero* que todos los días recibía de manos de la Inesona un abundante plato de cocido y de cuando en cuando un traguete de buen vino de Arganda.



EN LA ESCALERA, acuarela de L. Alma Tadema
existente en el Museo de Kensington

¡Quién como Lipa y Capotín! – decían al poco tiempo todos los antiguos compañeros del primero. – Su trabajo consistía en ayudar á los arrieros á cargar y descargar, trabajo que les ocupaba dos ó tres horas al día. El resto lo empleaban en pasearse por las calles de Madrid: acudir á las puertas de la plaza de toros los días de corrida, ver las paradas, las formaciones, los espectáculos callejeros, admirar los juegos de manos de los *taumaturgos* al aire libre y ser la pesadilla de municipales, paletos, vendedores de papeles públicos y de casi todos los habitantes de la villa y corte, pues no son para referidas las mil travesuras y tretas que inventaban, *pa reirse* un rato – como ellos decían – á costa de los demás.

Lipa y Capotín llegaron á ser célebres y conocidos por Madrid entero. Jamás, durante diez años, se vió solo á uno de ellos. Quien insultaba á Capotín insultaba á Lipa y era apaleado por ambos. Si alguno los comisionaba para que llevasen un baúl ó una maleta, cargábase Lipa

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Excentricidades artísticas*, por don A. Danvila Jaldero. – *Lipa y Capotín*, (conclusión) por don Daniel Alzamora. – *Leonor Telles*, por don G. Reparáz. – *Los lobos sabios.*

Grabados. – *El continuador de la raza*, cuadro de Atilio Simonetti. – *En la escalera*, acuarela de L. Alma Tadema. – *Perros guardianes*, cuadro de C. de Martino. – *En Venecia*, cuadro de Luke Fildes. – *Modernos edificios de Leipzig.* – *Ejercicios de lobos sabios en el circo de invierno de París.*

NUESTROS GRABADOS

EL CONTINUADOR DE LA RAZA
cuadro de Atilio Simonetti

Simonetti es un artista italiano cuya especialidad son los cuadros de género referentes á los últimos años del siglo pasado. Esa época, en que lo elegante y lo barroco parecen confundirse en la mayoría de las obras de arte, le es conocida en sus menores detalles, y como se dedica con preferencia á la miniatura, de aquí que sus lienzos sean de un *fini* admirable. En cambio, no hay que buscar en ellos esos rasgos de factura valiente, atrevida, que caracterizan á los pintores de imaginación ardiente, á los artistas que juegan en un trance el fruto del estudio de muchos años, á los revolucionarios del pincel, para quienes Velázquez es modelo y castigo, objetivo y pesadilla.

El asunto escogido por Simonetti ha sido tratado por muchos profesores, lo cual no prueba sino que es simpático. La expresión del sentimiento tierno, dulcísimo de la maternidad en el colmo de la dicha, producirá siempre agradable sensación entre los que comprendan, ó mejor, entre los que sientan la filogenitura. No es de extrañar, por lo tanto, que la figura más expresiva de ese lienzo sea la de la joven madre: después de todo, ella sintetiza el pensamiento del autor.

EN LA ESCALERA, acuarela de L. Alma Tadema

Nuestros lectores saben hasta qué grado el autor de esta obra dominaba los asuntos de la época romana. No hay que decir por lo tanto hasta qué punto se halla ajustado á verdad en todos sus detalles, incluso en el visible del cabello postizo de las damas, que es sin duda una antigua debilidad femenina. El autor ha vencido con su acostumbrada habilidad las dificultades de dibujo que voluntariamente se impuso y por el vigor del colorido se confunde su obra con una pintura al óleo. Formó parte de la colección de M. Gambard y hoy es joya del Museo de Kensington.

PERROS GUARDIANES, cuadro de C. de Martino

(Exposición italiana en Londres)

El título de este cuadro no es ciertamente lisonjero para los estúpidos centinelas del Serrallo, cuya fidelidad es simplemente hija de una brutal impotencia. La idea del Harem no es culta por cierto, pero es aun más despreciable la del eunuco que lo custodia. De Martino, á quien seducen las escenas orientales porque se prestan de manera admirable á ser realzadas por su vigoroso colorido, ha querido vengarse quizás de esos hombres de ébano, tan negros de rostro como de alma, de quienes se ríen sus mismas prisioneras, que les desprecian aun más que les temen.

EN VENECIA, cuadro de Luke Fildes
existente en el Museo Manchester

La ciudad de San Marcos es el campo predilecto de los artistas, y esto puede ser motivado por dos razones: la de ser Venecia un vasto museo enriquecido con obras de los primeros artistas del mundo, y la de no parecerse ni en sus cosas ni en sus hombres á tipo alguno de población ó de pobladores que nos sea familiar. La generalidad de los pintores que la visitan reproducen con preferencia sus iglesias, sus palacios, la incomparable plaza de San Marcos, la famosa *piazzeta*, el panorama de la isla de San Jorge, sus canales, sus puentes, un sitio cualquiera de esa ciudad que no se saluda sin tristeza ni se abandona sin pena. Otros artistas, los menos, y entre ellos el autor de este cuadro, se embelesan contemplando á los venecianos, sus tipos, sus costumbres, y mejor aún á las venecianas, de belleza oriental, de mirada que á un tiempo incita y confunde, las cuales por su majestad natural y su dejadez característica parecen nacidas en un alcázar y arrojadas, apenas nacidas, al fango de sus callejuelas. El autor del cuadro que publicamos ha hecho de ellas un buen estudio que corrobora la impresión causada generalmente por esas reinas caídas del Adriático.

LA MODERNA LEIPZIG

La ciudad de Leipzig es uno de los emporios alemanes: de veinte años á esta parte ha sido embellecida y mejorada de notable manera. Su transformación es debida principalmente al patriotismo de sus hijos y al celo de sus administraciones municipales, citadas como modelo.

Publicamos en el presente número algunos grabados de los edificios últimamente construídos: ellos dan una idea del aliento y buen gusto de aquel pueblo. Uno de ellos es la fachada posterior del nuevo teatro sobre el poético estanque de los Cisnes: en el mismo son de ver varias casas de la plaza de Ross, en cuyo fondo se ve el Panorama representando uno de los combates sostenidos por los sajones delante de París en 1870. Representa otro de nuestros grabados el nuevo Palacio de Conciertos, sin rival en el mundo, dotado de cuantos elementos pueden contribuir á los grandes éxitos artísticos de la orquesta y cantantes, que le han creado una fama universal. Publicamos, igualmente, la vista del nuevo Palacio Editorial, cuya magnificencia y riqueza exteriores apenas pueden compararse con la magnificencia y riqueza científicas que de él han salido y salen continuamente. Un pueblo que en tan soberbio alcázar alberga á las letras y á los artistas que en su propagación trabajan, merece ser calificado de pueblo sin par en nuestros tiempos. Finalmente, otro de nuestros grabados da buena idea del monumento la Victoria, conmemorativo de la guerra franco-prusiana, de un estilo completamente nuevo y que por sí solo avalora el talento de Rodolfo Siemering, proyectista y ejecutor de la obra. Fué ésta objeto de apasionada controversia promovida por los artistas rutinarios, que encontraban á faltar en ella los acostumbrados frisos y relieves y la obligada estatua del vencedor en la cúspide. Pero al fin y al cabo el monumento se ha impuesto á todos: es una hermosa apoteosis de la unidad alemana que durará probablemente más que esa unidad misma.

EXCENTRICIDADES ARTISTICAS

Es accidente casi general en todos tiempos y no por ello menos reparable, que el verdadero genio se ha manifestado en el artista, acompañado de rarezas, que han llamado la atención de sus contemporáneos. Y digo el verdadero genio, porque en muchas ocasiones, desventurados á quienes el cielo no quiso agraciar con esta dote, creyeron sin embargo adquirirla, realizando extravagancias que si admiraron al vulgo excitaron sólo desdeñosa compasión, de los que creen que las mejores señales de inspiración artística son las obras que mediante ella se realizan, y no el andar sus autores convertidos en tipos estrafalarios que piensan y obran de distinta suerte que el común de los mortales.

Los artistas españoles desde el Renacimiento acá, ofrecen por lo regular en sus biografías, un carácter más severo y taciturno que los de otros países, sobre todo comparados con los italianos tan propensos á toda clase de extravagancias; algunas de ellas ciertamente indisculpables. Así aun cuando no faltan entre los maestros que ilustraron el arte patrio, tipos excéntricos, sus hazañas rara vez llegaron al límite de las que se cuentan de Cellini, Salvator Rosa, Caravaggio, etc.

En prueba de esta afirmación, voy á referir algunos rasgos característicos de artistas españoles, que por sus excentricidades merecieron de sus contemporáneos el dictado de lunáticos ó la más compasiva admiración.

Merece figurar en primer lugar, Estéban March, nacido en Valencia á fines del siglo XVII, discípulo de Orrente, primero, y luego del insigne Ribera, cuyo estilo vigoroso y realista le impresionó en gran manera.

March poseía excelentes condiciones pictóricas, facilidad en la *factura*, colorido fresco y agradable, y un ingenio nada común. Con tales elementos, llevó á cabo multitud de obras de todo género, pero su especialidad fueron las batallas, en las que puede rivalizar con Snayers, Wouwermans, Vander Meulen, etc., tal fué la verdad con que representó la horrorosa confusión de los combates y hasta el polvo y el humo que envuelve á los peones y jinetes de tan sangrientos episodios.

La habitación donde pintaba, tenía más aspecto de arsenal que de estudio: por las paredes en unión con algunos bocetos y retratos de truhanes harapientos, veíanse mosquetes, arcabuces, pedreñales, lanzas y armas blancas de todas clases. Cubrían el techo en parte, banderas hechas jirones y rodaban por el suelo en revuelta confusión, atambores, clarines, arneses y armaduras de hombres y caballos. En el centro de la estancia un robusto caballete semejante á una máquina de guerra de la antigua tormentaria, sostenía el lienzo que había de recibir la inspiración del bélico artista.

La manera de ejecutar las obras, corría parejas con el local. Preparada la paleta, March llamaba á sus discípulos y les distribuía los clarines y cajas de guerra, mientras él se ponía algunas piezas de armadura, embrazaba una rodela y echaba mano á un recio mandoble. A una señal convenida los alumnos emprendían la más desaforada algarabía que imaginarse pueda y el maestro, dando grandes voces comenzaba á tajos y estocadas, contra las paredes y cuantos objetos había á su alcance. Corrían los discípulos, increpábale su mujer, acudían los vecinos y cuando el escándalo había llegado á su apogeo y el estudio semejaba un verdadero campo de Agramante, entonces Estéban arrojaba á todo el mundo de la habitación y encerrándose en ella, en poco tiempo abocetaba una de sus preciosas batallas, que luego contemplaban extasiados sus discípulos y amigos y más tarde adquirían á buen precio sus numerosos admiradores.

Si tal era su proceder en los asuntos artísticos, no era menos extraña su conducta en la vida doméstica. Cuenta uno de sus biógrafos, que de vez en cuando desaparecía de su casa y vagaba errante por las orillas del Turia ó por las márgenes del lago de la Albufera, hasta que agotadas las provisiones, regresaba á su morada acosado por el hambre. Una noche su mujer y sus discípulos, Senén Vila y Juan Conchillos, le vieron llegar como de costumbre, despeado y famélico. March sin embargo volvía gozoso y satisfecho, pues había logrado coger dos peces de gran tamaño; desgraciadamente en la despensa mal surtida, no existían elementos para condimentar la pesca y hasta la provisión de aceite se había agotado, en vista de lo cual el maestro ordenó á Vila y á Conchillos salieran á comprar lo necesario. En vano los jóvenes recorrieron la ciudad; la noche estaba muy avanzada y no pudieron encontrar quien les vendiera lo que deseaban; regresaron pues temerosos y expusieron á March lo que ocurría. «*Vive Dios*, exclamó éste, *que hemos de comer pescado frito esta noche, aun cuando se oponga el universo; en el estudio hay aceite de linaza suficiente para freir un hombre; tomadlo y preparad los pescados.*» Quisieron la mujer y los discípulos resistir á orden tan disparatada; mas el artista se alborotó de tal suerte, que no hubo más remedio que cumplir sus mandatos. Imagínense mis lectores, lo nauseabundo del guiso que pocos momentos después figuró en la mesa. Conchillos alegó que no tenía apetito, y Vila rehusó probar el pescado hasta que lo hubiera hecho el maestro; y obró con sumo ingenio, pues apenas March cató la fritura, cuando levantándose sin decir palabra arrojó el plato por la ventana y si no lo hubieran contenido toda la vajilla hubiera corrido igual suerte. Hecho esto se retiró á descansar, advirtiendo en alta voz á su malhumorada cónyuge que *los ingredientes que sirven para la pintura jamás deben emplearse en los usos culinarios.*

Tales eran la condición y el carácter del insigne pintor valenciano, quien á pesar de sus excentricidades, no consta cometiera jamás acto alguno que redundase en desprestigio de su honradez.

Contemporáneo suyo nos ofrece la escuela sevillana otro personaje notable por sus rarezas. Francisco Herrera el viejo, artista distinguido, que según Cean Bermúdez «fué el primero que sacudió en Andalucía la manera tímida que conservaron por mucho tiempo nuestros pintores españoles y se formó un nuevo estilo que manifestó el genio nacional.» En efecto, Herrera es uno de los fautores del realismo que á tan alto grado elevó la pintura española en el siglo XVII, á él debió Velázquez sus primeras lecciones y las tendencias á la verdad que desarrolladas más tarde le condujeron al eminente lugar que ocupa entre las glorias artísticas de nuestra España.

Francisco Herrera fué hombre brusco en sus maneras y arrebatado en el carácter; disputaba con todo el mundo, y á los discípulos les exigía tal puntualidad en el estudio y los trataba tan desatinadamente, que todos ellos incluso Velázquez permanecieron muy poco tiempo á su lado, lo cual por otra parte no le preocupó gran cosa, pues dotado de prodigiosa facilidad de ejecución y acostumbrado á pintar con grandes brochas, despachaba las obras con presteza sin igual y prueba de ello son la multitud de cuadros de su mano que se conservan en Sevilla. Refiere un escritor diciendo haberlo oído contar á algunos pintores ancianos, que cuando el trabajo le apremiaba, una vieja sirviente, única que no le abandonó durante su vida, cogía un brochón que parecía una escoba y embadurnaba los lienzos á su capricho, tras de lo cual Herrera, antes de que se secaran los colores, con singular habilidad comenzaba á modelar figuras y ropajes, concluyéndolos con tal arte, que muchas veces, no tuvo necesidad de segundar la obra. Parece que con tan extraño proceder, los cuadros de Herrera no debieran pasar de una mediana bondad, y sin embargo alguno de ellos, tal como el *Juicio Final* que pintó para la iglesia de San Bernardo, ayuda de parroquia de la Catedral de Sevilla, son un testimonio de su ciencia anatómica, su corrección en el dibujo, su inteligencia en la composición y de su acierto en la expresión y colorido.

Un episodio hay en su vida que de ser cierto haría desmerecer á Herrera, en el concepto de hombre de bien; me refiero á la imputación de monedero falso que le costó larga reclusión en el colegio de jesuítas de San Hermenegildo, durante cuyo encierro pintó el cuadro del altar mayor que representa el santo titular, con tal maestría que Felipe IV al visitar el convento en 1624 le indultó diciendo: «*que quien tal habilidad tenía no podía abusar de ella.*» Tenemos fundadas razones para creer falsa la acusación hecha á Herrera, venganza tal vez, de alguna ofensa personal inferida por el artista con su carácter violento.

Sea de ello lo que fuere, Herrera no modificó su genio con esta desventura y poco después sus hijos hubieron de abandonarle huyendo de sus excentricidades, y entonces el viejo, que ya no tenía con quién reñir en Sevilla, marchó á Madrid donde residió algunos años muriendo en 1656.

En Andalucía también y por la misma época existió otro artista digno de ser incluído entre los más famosos por su genio singular y por su extravagante manera de ser; me refiero á Alonso Cano, el celebérrimo pintor, escultor y arquitecto granadino.

Apenas comenzaba á extenderse por Sevilla la fama del joven artista, cuando un duelo que tuvo con su irascible colega Valdés Leal, le obligó á trasladarse á Madrid donde residió largas temporadas desde 1637 á 1652. Durante su estancia en la corte, en la que halló la más favorable acogida, Alonso no se preocupó en lo más mínimo de sujetar sus instintos, y su historia registra en el mencionado período multitud de anécdotas más ó menos apócrifas, que no hacen formar opinión muy lisonjera del eximio artista. Admira cómo con tales antecedentes se le ocurrió ingresar en el estado eclesiástico, y cómo el Cabildo de la catedral de Granada le dió la colación y posesión del cargo de racionero.

Cuán escasa era su disposición para el sacerdocio lo prueban las continuas desazones que dió al Cabildo durante seis años, en los que pretendió obstinadamente, cobrar las pensiones sin ordenarse *in sacris* y sin cumplir el compromiso de emplear sus facultades en beneficio de la iglesia metropolitana hasta que por fin en 1658 tomó las órdenes sagradas; mas no por ello varió su idiosincrasia, continuando de tal suerte hasta el último de sus días.

Alonso Cano no era sin embargo un malvado, era sencillamente un hombre excéntrico. Mientras por un lado daba pruebas inequívocas de su caridad, repartiendo entre los necesitados su dinero, su ropa y hasta los dibujos y bocetos de sus cuadros, indicándoles al propio tiempo la persona que podría adquirirlos; por otra parte trataba desabridamente á sus discípulos y á los personajes que le favorecían con sus encargos; y sólo el alto concepto que se tenía de su mérito pudo evitar en cierta ocasión que el Santo Oficio de Granada le castigase severamente, por haber profanado una imagen de San Antonio que un Oidor de la Chancillería se atrevió á regatearle.

Una de las manías que más le preocupaban era la aversión á la raza judía, hasta el extremo de que si por acaso tropezaba con algún individuo de aquélla, en la vía pública, corría á su casa é inmediatamente se despojaba de toda la ropa que había rozado con la del hebreo, negándose á usarla más. En cierta ocasión hallándose Cano en el estudio, acertó á penetrar en él un mercader ambulante de objetos orientales. El artista examinó la

mercancía y compró algunas chucherías para desembarazarse del importuno, que salió de la estancia haciendo grandes reverencias y declarando al salir su condición de judío damasceno. Contestó Cano á tal nueva con una serie de improperios y amenazas tales que el israelita huyó espantado; arrojó luego las baratijas lejos de sí é incontinenti hizo venir á un alarife con el cual ajustó el enladrillado nuevo de todo el piso que el hijo de Jacob había hollado con su planta. A tales extremos le conducía su intransigencia en este punto.

No era menor su aversión á las imágenes ó cuadros de malos artistas; por eso en su última enfermedad habiéndole presentado el sacerdote que le ayudaba á bien morir, un crucifijo de mucha devoción pero muy mal esculpido, se negó á mirarlo diciendo: *Deme, Padre, una cruz sola, que yo allá con la fe venero á Jesucristo y le reverencio como es en sí, y como lo contemplo en mi idea.*

El sincronismo de las fechas me lleva insensiblemente á decir dos palabras acerca de las lúgubres manías de Gregorio Hernández, el preclaro escultor que tanta fama logró en Valladolid y en ambas Castillas en el primer tercio del siglo XVII. Hombre de vida ejemplar, alternaba los estudios artísticos con las prácticas más devotas de mortificación y caridad, y en muchas ocasiones dejaba los útiles de esculpir y se encaminaba al cementerio para ayudar á los sepultureros á enterrar los cadáveres de los pobres. Hasta aquí tan edificante conducta sólo prestaría motivo de admiración, pero Gregorio Hernández llevaba más adelante sus tétricas ideas y un contemporáneo refiere que en algunas ocasiones su taller situado en el Campo Grande aparecía cubierto de negros paños y fúnebres atributos, y los asombrados discípulos encontraban á su maestro, rodeado de blandones, vestido de carmelita é inmóvil dentro del ataúd, que al efecto tenía preparado y del que no salía sino á ruegos de su atribulada esposa.

En la época contemporánea no faltarían ciertamente rasgos curiosos de artistas ilustres, dignos de ser conocidos de mis lectores, mas las personalidades á quienes pudiera referirme, ó viven aún ó hace pocos años que bajaron al sepulcro y todavía no está bien definido su carácter. Para entregar al público ciertas intimidades, creo que antes hace falta que el tiempo dé al personaje cierto carácter legendario y fije además el verdadero valor de sus obras; de otra suerte, la narración biográfica corre riesgo de transformarse en medio de ensalzar al que poco vale por otro concepto ó de rebajar legítimos méritos.

Por otra parte el espacio de que puedo disponer es limitado y fuerza es terminar este artículo. Antes sin embargo haré observar que si pudiéramos conocer la vida íntima de los hombres de verdadero genio artístico, asombraría el número de extravagancias que acompañan á la facultad creadora.

La causa de ello hay que buscarla en el predominio de las facultades imaginativas sobre las demás. El culto al arte bello, semejante en sus efectos á los que producen el opio y el haschisch, exaltando el cerebro, conduce al hombre á regiones desconocidas para los demás mortales, embriagándole con sueños fantásticos, que producen, es cierto, goces inexplicables, pero que poco á poco trasforman el organismo, haciéndole más apto para sentir y crear la belleza, pero menos á propósito para las materialidades de la vida, con las que se encuentra en continuo choque. El artista español de los siglos XVI á XVIII, casi siempre creyente y de carácter algún tanto sombrío y altanero, al despertar de sus ensueños incurrió alguna vez en arrebatos de carácter ó místicas rarezas, pero jamás se degradó hasta las sangrientas escenas ó libidinosas orgías que H. Taine refiere de otros artistas del Renacimiento, en sus obras sobre la filosofía del arte.

En nuestro siglo, cediendo á influencias de la vecina nación, ha existido un período en que se creyó indispensable por algunos imitar á los *rapins* de los estudios parisienses, ostentar largas melenas, llevar sombreros estrafalarios, trajes inverosímiles y correr el mayor número posible de aventuras. Hoy, á Dios gracias, han pasado tales modas y si existen excentricidades entre los artistas, son éstas genuinas de cada individuo y no de importación francesa. Por lo demás, ya no estamos en los tiempos en que se permitía á los artistas andar á cuchilladas á la luz de los retablos, y cabe afirmar que todos cuantos al arte se dedican prefieren de seguro el primer lugar en un certamen de su profesión á un premio distinguido en un concurso de personajes excéntricos.

A. DANVILA JALDERO.

LIPA Y CAPOTIN

(Conclusión)

– Pues yo no tengo dónde traer. ¡Ah! sí, espera; la traeré en la gorra.

Dicho esto, corrió hacia una fuente y al poco rato volvió con la gorra llena de agua, con la cual satisfizo Lipa su sed, colocando después el vaso sobre la rama del árbol para que se secase.

Aquella tarde quedó firmada una estrecha amistad entre aquellos niños.

Dieron las seis y el amigo de Lipa, distraído con la conversación y con el juego, pues en su bolsillo llevaba una baraja con la cual jugaron á la brisca, no se dió cuenta de la hora que era. Al notar que anochecía, dijo:

– Chico, yo ya me voy, que sino el amo me va á pegar. ¿Tú no te vas á casa?

– Yo no tengo casa, – respondió Lipa con gran naturalidad.

– ¿Y vas á estarte aquí toda la noche?

– Pues claro.

– ¿*Quiés* venir conmigo? Yo creo que el amo no dirá *ná*. En la cuadra hay mucho sitio y allí estaremos los dos.

– No *matrevo*.

– Anda, hombre; y sino nos *quearemos* los dos en cualquier parte, que bancos *pa* dormir ya hay.

Dióse por convencido Lipa; levantóse con gran trabajo y comenzó á andar, pero á los pocos pasos dijo:

– No *pueo*, me duele mucho esta maldita pata.

– Anda, cobarde, – repuso el otro, – agárrate á mí.

Arrastrando la pierna, llegó Lipa hasta la plaza Mayor, pero allí el dolor le impidió continuar. Entonces comenzó á llorar fuertemente, diciendo:

– ¡Ay Dios, que tendré que volver al hospital!

El otro le miró un rato sin decir una palabra.

Seguía el llanto de Lipa, cuando su compañero le dijo:

– No llores, hombre, en casa no te echarán. Mira, de aquí á la calle de Toledo, yo te *pueo* llevar á cuestas: anda, agárrate al cuello; – y diciendo esto se inclinó, presentando sus espaldas á Lipa. Este no se hizo de rogar, agarróse al hombro de su amigo y de pronto se secaron sus lágrimas y dijo:

– ¡Arre, burro!

Así llegaron á un parador de lo último de la calle de Toledo. Allí el amigo de Lipa dijo á la dueña lo que ocurría, y éste fué admitido para dormir en la cuadra.

Allá se fueron los dos amigos, comieron unos mendrugos de pan y se tumbaron sobre la paja.

– ¡Qué bien se está aquí! – dijo Lipa.

– Ya lo creo, – repuso el otro.

Reinó un rato el silencio y comenzóse á oir la acompasada respiración de Lipa, que empezaba á dormirse. Su compañero le despertó diciéndole:

– Oye tú, ¿cómo te llamas?

– Yo Lipa, ¿y tú?

– Yo Capotín.

Cuando á la mañana siguiente despertó Lipa, sentía agudísimos dolores en la pierna.

Por conducto de Capotín supo la dueña del parador los padecimientos del muchacho; y compadecida de él, hizo que le subieran, desde la cuadra en que había dormido, á un cuarto, en el que había un catre que á Lipa pareció de plumas, por más que sólo un menguado y flaco colchón de borra tenía.

La buena y caritativa mujer trató solícitamente al niño, poniéndole en la parte dolorida paños de árnica y dándole de dos en dos horas sendas tazas de caldo, y al mediodía y á la tarde sabrosas chuletas.

Con tales cuidados y la asistencia de un médico, que fué llamado para que sanara á Lipa, no tardó éste en saltar del catre, más fuerte que un roble, y con tales colores en las mejillas, que parecía que de ellas iba á brotar la sangre.

La dueña del parador era una hermosa mujer, como de unos cuarenta años, de elevadísima estatura, carnes superabundantes y pronunciadísimas curvas, que no se dejaban sujetar por tiránico corsé, ó por lo menos, que al ser oprimidas, protestaban saliéndose por todas partes.

La cara de la *Inesona*, como la llamaban en el barrio, era redonda, de un color moreno subido, de grandes ojos negros, boca grande y de labios delgados, sombreado el superior por un vello que era algo más que ligero.

Su cabello era negro también, pero tan negro, que llegaba á tener visos azulados. Inesona peinábase con grandísimo esmero, poniéndose su moño alto como una coronilla y tan estirado y lustroso, que parecía que en él se daba barniz.

Vestía siempre de aparejo redondo y sus modales eran desgarrados, su lenguaje no era de mieles, sino muy al contrario, estaba en perfecta armonía con el de los arrieros que frecuentaban su casa.

Aquel cuerpo ordinario, aquellos modales y aquel su continuo gruñir y jurar, eran, sin embargo, el disfraz de un corazón sensible y de un alma toda bondades y generosidades.

Cuando Lipa hubo recobrado la salud, díjole un día la Inesona:

– Oye tú, Lipa ó Lapa de los demonios, que bien te me has *pegao*, ahora ya estás bueno, con que á ganarte la vida, granuja, que yo no estoy *pa* curar á *toos* los cojos. Si estás cojo vete á Santana, que *toos* van allí con su pata galana.

– Bueno, *señá* Inés, me iré esta misma tarde, – contestó Lipa.

– ¿Y adónde vas á ir, si no tienes padre ni madre ni perrito que te ladre, *condenao*?

– Pues á la calle.

– ¿Y en dónde dormirás esta noche? en la calle también, para que se te vuelva á poner mala la pata y me cueste un dineral remendártela.

– No señora, si ya estoy *juerte*.

– ¡Ya estás *juerte*, ya estás *juerte!* Cállate, *mequeltrefe*, granuja, ¿tú qué sabes cómo estás? Mira, esta noche vienes á dormir á la cuadra con Capotín, y tú y él os arregláis. Ah, y vente á comer también, que donde comen tres comen cuatro. Pero no creas que te vas á encontrar la papucia de bóbolis bóbolis: si *quiés* llenar la panza, has de trabajar; con que ya lo sabes, ayudarás á Capotín.

– ¡Pero si Capotín no hace *ná!*

– También *tiés* razón, pero no importa, le ayudas. Ahora sois chicos; ya creceréis y entonces serviréis *pa* algo más. Con que á la calle, que aquí sobran los mocosos.

Cambió por completo la suerte de Lipa; pasó de mendigo á propietario de un sitio en una hermosa cuadra y á *caballero* que todos los días recibía de manos de la Inesona un abundante plato de cocido y de cuando en cuando un traguete de buen vino de Arganda.



EN LA ESCALERA, acuarela de L. Alma Tadema
existente en el Museo de Kensingtón

¡Quién como Lipa y Capotín! – decían al poco tiempo todos los antiguos compañeros del primero. – Su trabajo consistía en ayudar á los arrieros á cargar y descargar, trabajo que les ocupaba dos ó tres horas al día. El resto lo empleaban en pasearse por las calles de Madrid: acudir á las puertas de la plaza de toros los días de corrida, ver las paradas, las formaciones, los espectáculos callejeros, admirar los juegos de manos de los *taumaturgos* al aire libre y ser la pesadilla de municipales, paletos, vendedores de papeles públicos y de casi todos los habitantes de la villa y corte, pues no son para referidas las mil travesuras y tretas que inventaban, *pa reirse* un rato – como ellos decían – á costa de los demás.

Lipa y Capotín llegaron á ser célebres y conocidos por Madrid entero. Jamás, durante diez años, se vió solo á uno de ellos. Quien insultaba á Capotín insultaba á Lipa y era apaleado por ambos. Si alguno los comisionaba para que llevasen un baúl ó una maleta, cargábase Lipa

EXPOSICIÓN ITALIANA EN LONDRES



PERROS GUARDIANES, cuadro de C. de Martino, grabado por Mancastropa



EN VENECIA, cuadro de Luke Fildes, grabado por Bong



MODERNOS EDIFICIOS DE LEIPZIG – *Nuevo Palacio de Conciertos*

y á la mitad del camino pasaba el bulto á la espalda de Capotín.

¿Para qué referir lo que á ambos ocurrió desde los diez á los diez y nueve años? Su vida fué siempre la misma: reir, reir y siempre reir. Querer á la *señá* Inesona más que á *naide* y después querer á Timoteo, el hijo de la *señá* Inés.

Hasta ahora no ha habido ocasión de presentar á este personaje, pero ha llegado el momento en que es preciso hacerlo.

Timoteo tenía los mismos años que Lipa y Capotín, era el encanto de su madre. Por él, – decía, – soy yo *buena*. Por él sin duda había recogido á Lipa y Capotín. ¡Si mi Timoteo se hubiera visto como ellos! – pensaba.

Llegó Timoteo á cumplir los veinte años y la patria reclamó de él que empuñase el fusil.

De Lipa y Capotín nadie se acordó, que alguna ventaja ha de tener un mendigo.

Llegó el sorteo, no favoreció la suerte á Timoteo y fué declarado soldado.

Lloraba su madre como una Magdalena, mas no porque fuera soldado, pues influencia tenía para que el chico cumpliera sin salir de Madrid, yendo de ordenanza al ministerio de la Guerra, sino porque iban á sortearle para Cuba, y en Cuba había guerra, y si la suerte le designaba ella no podía librarle.

¡Cuántas lágrimas derramó y cuántos cirios y novenas ofreció á la Virgen de la Paloma, si el chico no iba á Cuba! mas la Virgen no la escuchó. Correspondió á Timoteo ir á Cuba.

Lipa y Capotín se enteraron de lo que ocurría.

La noche del día en que esto supieron, sentados los dos en un rincón de la cuadra que tantos años les servía de alcoba, dijo Capotín:

– Chico, Timoteo va á Cuba y la *señá* Inés se va á morir.

– ¿Y qué vamos á hacer?

– Yo ya lo tengo *pensao*.

– Y yo también, que quien se va á Cuba soy yo.

– ¡Cá! soy yo.

– Pues iremos los dos.

—Eso es, y la *señá* Inés se quedará sin Timoteo, que al fin es *soldao*, y sin ninguno de los dos que la ayude cuando más lo necesita.

– Pues quédate tú, que...

– No, señor.

– Mira, los dos no nos podemos presentar: primero me presentaré yo y si salgo *pa* España cambio con Timoteo, pero si saliera también *pa* Cuba te presentas tú: tan mala suerte no hemos de tener que salgamos los tres *pa* allá.

– Bueno, pues yo me presentaré primero.

– No, yo.

– A cara ó cruz.

– Saca una perra.

– Pide, – dijo Capotín.

– Cara.

– Pues salió cruz.

A los pocos días Capotín era soldado, le sortearon y salió para España.

Cambió su suerte con Timoteo, y en una tarde del mes de abril recibió la orden de marchar á Santander para embarcarse.

Despidiéronle á la puerta del parador Inesona y Timoteo, con un llanto que les ahogaba.

Al marcharse, la *señá* Inés le alargó veinticinco duros, diciendo: – Toma, hijo mío, que si no te he *parío*, hijo eres de mi alma; guarda esto *pa* lo que te ocurra; más te daría, pero... – y el llanto no la dejó continuar.

– *Señá* Inés, ¿yo *pa* qué quiero eso, si el rey me da lo que necesito?

—Toma, – replicó Inés metiéndoselos en el bolsillo de la chaqueta.

– ¡Vaya, bueno! Vámonos, Lipa, que se hace tarde.

Fuéronse los dos amigos á la estación.

Renuncio á describir su despedida, sólo diré que momentos antes de partir el tren, se dieron un beso, quizá el primero que habían dado en su vida. Capotín dió á Lipa los veinticinco duros que le había dado la *señá* Inés diciéndole:

– Toma, devuélveselos, aun la debo mucho más de garbanzos.

– ¿Y te vas sin dinero?

—No, tengo nueve pesetas.

—Pues toma cuatro más que tengo yo.

– De tí, sí las tomo.

Partió el tren.

A los seis meses de esto Lipa pidió permiso á la *señá* Inés para irse á Cuba.

—Yo no *pueo* vivir sin Capotín,—dijo.

—Sí, hijo, sí, vete, así estaréis los dos juntos y si os ocurre algo os cuidaréis.

Marchóse Lipa y no tardó en reunirse á Capotín.

Juntos hicieron dos años de campaña.

Al cabo de este tiempo volvió Lipa por enfermo á la Península.

Se restableció pronto y fué destinado al ejército del Norte.

Un día estando á medio kilómetro del mar cargando cartuchos con unos compañeros, cayó una bomba entre ellos.

Lipa se arrojó sobre ella, quiso arrancar la espoleta y no lo logró; entonces agarró la bomba y corrió con ella hacia el mar. Cuando ya le faltaban pocos pasos para llegar, estalló la bomba y el cuerpo de Lipa desapareció en el espacio.

Aquel mismo día, los filibusteros machetearon á Capotín.

Juntos habían vivido en la tierra y juntos entraron en el cielo.

Daniel Alzamora

LEONOR TELLES

(Apuntes para la historia de la separación de Portugal)

A mediados y á fines del siglo XIV parecía inminente la unión de Portugal y Castilla. Ningún obstáculo material ni histórico se oponía á ello. Además estas fusiones de reinos eran fruta del tiempo, si vale la frase, porque entonces empezaban á formarse las grandes nacionalidades. Perdida aquella ocasión, que fué la mejor, volvióse á presentar otra en peores condiciones y, desaprovechada con igual torpeza. Felipe II tenía que resolver un problema harto más arduo del que dejó sin solución Juan I, porque Portugal habíase hecho ya potencia colonizadora y sentíase nación. Hoy las dificultades son infinitamente mayores, porque hay por medio recuerdos dolorosos, odios apenas adormecidos y verdaderas antipatías. Puede, pues, asegurarse que el obstáculo que se interpuso en el siglo XIV entre Castilla y Portugal, vino á trastornar para siempre el proceso de formación de la gran nacionalidad española. ¿Quién fué ese obstáculo? Una mujer, la más hermosa, la más astuta y la más inteligente de su tiempo; figura histórica tan interesante como poco conocida en España, y á la que sin embargo rodean atractivos y circunstancias que la hacen particularmente digna de atención.

***

Estamos en 1370 y reina en Portugal Fernando, hijo de Pedro el Cruel ó el Justiciero, contemporáneo del que con igual nombre reinara en Castilla. Era joven y de tan agraciada presencia que ha pasado á la Historia con el nombre del *Hermoso*. Reconocíasele valor, inteligencia y deseo de hacer la felicidad de su pueblo. Pagábale éste con grandes simpatías. Mas había en su carácter un factor que por sí solo neutralizaba todas aquellas cualidades: la imaginación, vehemente en sumo grado. Dejábase arrastrar por ella, tan sin tino, que jamás seguía una línea de conducta, ni desarrollaba plan alguno, ni persistía mucho tiempo en una misma intención. Tal era Fernando de Portugal, llamado además del *Hermoso*, el *Inconstante*, y que sólo tuvo constancia para amar á D.ª Leonor Telles hasta que la muerte vino á cortar el hilo de su pasión. Auxilió á D. Enrique de Trastamara contra D. Pedro. Proclamado aquél, pretendió el trono de Castilla como biznieto de Sancho *el Bravo*, le declaró la guerra y acuñó moneda. Vencido, entró en tratos para contraer matrimonio con la hija del vencedor, á pesar de haberse obligado anteriormente con la del rey de Aragón.

Muy luego se desobligó también con el de Castilla, rendido de amores por D.ª Leonor. Entonces aparece en escena esta mujer singular. Era de noble estirpe, pues pretendía descender de Ordoño II de León. Sin remontarse tan lejos Fernao Lópes, el severo cronista de Don Fernando, resume su genealogía en el capítulo LVII de su crónica (Cómo el rey Don Fernando se namorou de Doña Leonor Telles é casou com ella escomdidamente), haciéndola arrancar de D. Juan Alfonso Tello, conde de Barcellos, en tiempo de D. Pedro. Dejemos la palabra á Fernao Lópes. Nadie con más austera simplicidad que él, con más gravedad en el estilo y más sabor de época, podrá presentar en escena los personajes de este drama histórico. Procuraré conservar de todo esto cuanto pueda al traducirle:

«Ocurrió, pues, que reinando el rey D. Fernando, como dijimos, mancebo y hermoso y hombre de pro, trahia su hermana D.ª Beatriz, hija que fuera de D.ª Ennés, y del rey D. Pedro su padre, gran acompañamiento de damas *(gran casa de donas)* y de doncellas, hijas d' algo y de linaje: porque no había reina, ni otra infanta por entonces á la cual formar corte: y por afecto muy continuado vió nacer en él tal deseo de tenerla por mujer, á doña Leonor, que determinó en su voluntad casarse con ella, cosa en aquel tiempo nunca vista. Y cumple decir más sobre esto: que teniendo así pensado casarse ambos, eran los juegos y conversaciones entre ellos tan á menudo, mezclados con besos y abrazos y otras desenvolturas de semejante especie que hacían á algunos tener deshonesta sospecha de haber sido por él mancillada su virginidad. Vínose en esto á tratar del casamiento entre D. Fernando y la infanta de Aragón, el cual no se realizó según



MODERNOS EDIFICIOS DE LEIPZIG
1. – *Fachada posterior del nuevo teatro* 2. – *El Panorama*



MONUMENTO DE LA VICTORIA, LEIPZIG, ejecutado por Rodolfo Siemering

hemos contado. Después firmó el rey D. Enr que paces con él como dijimos y fué tratado que casase el rey D. Fernando con su hija la infanta D.ª Leonor, la cual debía serle entregada pasados cinco meses, y habiendo hecho tal trato con el rey D. Enrique, como cosa que había de ser, estando el rey D. Fernando en Lisboa, aconteció venir á su corte, de tierras de Beira donde entonces estaba, D.ª Leonor Telles, mujer de Juan Lorenzo de Cimbra, como ya dijimos, para pasar algunos días con D.ª María su hermana que vivía en casa de la infanta (D.ª Beatriz). Como el rey don Fernando tenía la costumbre de ir á ver muy á menudo á la infanta su hermana, cuando vió en su casa á D.ª Leonor lozana y apuesta y de buen cuerpo, aunque ya de antes la tuviese muy conocida, muy enamoradamente miró sus hermosas facciones y gracias, al punto que olvidando todo el cariño y contento que de cualquier otra mujer pudiera tener, comenzóse á enamorar de esta maravillosamente, y herido así de amor por ella y teniéndola consagrado todo su corazón, de día en día aumentaba más su mal, no descubriendo sin embargo á nadie aquel tan grande amor que en su corazón de nuevo se albergara. Mandó en esto Juan Lorenzo recado á su mujer para que se fuese con él, de quien ya tenía un hijo llamado Alvaro da Cunha. Cuando el rey D. Fernando supo que Juan Lorenzo la mandaba buscar quedó muy enojado de tal embajada, pues ni un momento dejaba de pensar en realizar su pensamiento y viéndose obligado á descubrirlo habló con gran secreto con D.ª María, su hermana (de D.ª Leonor) diciéndole que era su voluntad tomarla por mujer de preferencia á cuantas hijas de rey había en el mundo. D.ª María era sesuda y cuerda y quedó muy turbada cuando tal le oyó decir, viendo que por tal motivo el rey quería desconcertar el casamiento que tenía tratado con la infanta de Castilla, mayormente siendo su hermana casada y mujer de buen hidalgo como era, y su vasallo, por lo que empezó á contradecirle mucho. El rey contestaba á todos sus dichos y respondiendo á lo del casamiento dijo que casaría con ella después de haberse separado de su marido y ella dijo que no creyese que ni aun descasada había de ser su barragana; y el rey encendido de amor por ella juró á D.ª María que... después de separada del marido, la recibiría por mujer.»

No hubo medio de disuadir á D. Fernando. Los mismos parientes de D.ª Leonor, el propio tío de ésta le aconsejaron en contra de su deseo. La unión con Castilla no era repúlsiva á los nobles ni al pueblo. Apreciábase pues el desaire hecho á D. Enrique como antipolítico é inconveniente. Murmurábase de la resolución del rey. Todo en vano. Firme éste en su propósito, sentía crecer su amor con las dificultades. Envió una embajada á D. Enrique haciéndole saber que desistía del proyectado enlace. Hallábase el de Castilla en Toro y en vez de llevar á mal la embajada contestó á D. Fernando «Que pois assi era (habla Fernao Lópes) que á el rey nom prazia de casar com sua filha, que nom fazia dello conta, que á ella nom minguaria outro tam homrado casamento.» Más difícil de contentar se mostró el pueblo de Lisboa. Hacía mucho tiempo que los amores del rey con D.ª Leonor eran pasto de las hablillas del vulgo. Los nobles por envidia unos, y otros por espíritu caballeresco, incompatible con el influjo que en los negocios del país ejercía una cortesana, desaprobaban tambien el desaire hecho á la infanta de Castilla. Eran jefes de los descontentos el infante D. Diniz hijo menor de D. Pedro y de D.ª Inés de Castro y el viejo Diego Lópes Pacheco, uno de los matadores de ésta. «Aquél, dice Alejandro Herculano, por altivez de ánimo; éste por gratitud á D. Enrique de Castilla que le había salvado de la triste suerte de Álvaro Gonçalves Coutinho y Pedro Coelho.» Empezóse á hablar del casamiento del rey con D.ª Leonor. Aumentó este rumor el disgusto de los nobles y la irritación del pueblo. El infante, Pacheco y sus amigos supieron aprovechar el estado de los ánimos provocando un motín en Lisboa. Herculano hace de ellos las cabezas del tal motín (1). Ostensiblemente lo fué un sastre llamado Fernao Vasques, el cual seguido de más de 3000 hombres se presentó con gran gritería y actitud nada pacífica delante de palacio. Atemorizóse D. Fernando y envió á preguntar por un su privado á la multitud lo que deseaba. Entonces Fernao Vasques, tomando la palabra en nombre de todos, tronó contra la conducta del rey, que rechazaba una alianza honrosa y ventajosísima, para casarse con una mala mujer, una bruja que le había hechizado, y aseguró que allí estaba el pueblo dispuesto á impedir semejante enlace.

Grandes gritos de aprobación siguieron á la arenga del sastre y con ellos, mueras é insultos á la bruja, á la hechicera, á la manceba del rey. Vió éste sin duda que el tumulto adquiría proporciones tales que por el momento sería locura intentar sofocarle, y cedió. Un enviado suyo presentóse á las masas y las habló diciendo que agradecía á los buenos burgueses de Lisboa el interés que por él se tomaban y que estuviesen tranquilos que no se había casado con D.ª Leonor, ni se casaría nunca.

Apaciguóse con esto el furor popular y al anochecer reinaba profundo silencio en rededor del palacio.

Jamás perdonó D.ª Leonor al pueblo de Lisboa el ultraje recibido. Tan violenta y rencorosa como bella y astuta, juró vengarse y aquella misma noche puso manos á la obra. Dueña absoluta del alma del rey, segura de que le pertenecía por completo, convirtióle en instrumento de su venganza. Lisboa continuaba alborotada sin que pudiera presumirse dónde ni cómo acabaría el alboroto. D.ª Leonor hizo salir al rey camino de Santarem. Lejos de los hidalgos hostiles, su casamiento con el rey era inevitable. Lejos del pueblo sublevado, podía don Fernando reunir sin ruido sus hombres de armas, caer sobre Lisboa y castigarla. ¡Reina y vengada! Estos eran los más vehementes deseos de la adúltera.

No tardó en verlos realizados. De Santarem marchó D. Fernando á través de su reino seguido ya de gran número de hombres de armas y de mucha parte de la nobleza. El infante D. Diniz y el viejo Pacheco, entre otros, le acompañaban. El movimiento de Lisboa podía darse por abortado desde el instante en que el rey lograra huir. Como hábiles cortesanos que eran, Pacheco sobre todo, abandonaban al vencido y se pasaban al vencedor. Don Fernando publicó desde Eixa una suerte de manifiesto declarando su intención de dar inmediatamente mano de esposo á D.ª Leonor Telles y aquel mismo día cumplió su palabra. Dirigióse á Porto, donde fué recibido con grandes fiestas. Allí entró ya D.ª Leonor á su lado á caballo, como reina, llevando las riendas el infante Don Juan. A muy pocos pasos caminaba el infante D. Diniz triste y meditabundo. Pacheco no se hallaba presente. Comprendiendo que D.ª Leonor no le perdonaría, huyó á Castilla.

En los salones del palacio de Porto se verificó aquel día la ceremonia solemne de besar la mano á la nueva reina. El acto fué señalado por un incidente escandaloso. El infante D. Diniz negóse á prestar este homenaje. Sin la intervención del viejo ayo Arias Gómes, D. Fernando, ciego de ira, hubiera dejado tendido á sus pies al infante.

Vino después de esto la guerra entre Portugal y Castilla, porque no contento D. Fernando con haber faltado á la palabra empeñada alióse al duque de Lencastre. Vencedor D. Enrique, cercó á Lisboa y no entró á saco la ciudad gracias á la mediación del Papa, que puso fin á las hostilidades. En lo más apretado y angustioso del asedio esparcióse en ella el rumor de que existían tratos para entregarla por traición á los castellanos. Dábale fuerza el hecho de estar en el campo de D. Enrique el infante Don Diniz y Diego Pacheco. La furia del pueblo no tuvo límites. Vió que el daño le venía entonces de los castellanos y su rabia fué á estrellarse contra los que les ayudaban. Para nada se acordaba de su verdadera enemiga, á la sazón lejos de allí. Amotinóse de nuevo y las casas de los amigos del infante fueron saqueadas y asesinados sus dueños. Uno de éstos fué colocado en la funda de una máquina de las que servían para arrojar grandes piedras contra los sitiadores. La máquina le lanzó sobre el tejado de la catedral. Fueron allí á recogerle y hallándole vivo volvieron á colocarle en la máquina, que le arrojó al mar, donde murió.

Cuenta Herculano que al entrar en Lisboa D.ª Leonor y contemplar aquel instrumento de tortura de uno de sus enemigos, se sonrió ligeramente. Aunque anecdótico, el rasgo no puede ser más propio del carácter de aquella mujer. El motín de Lisboa ocurrió en 1371. Habían pasado, pues, dos años enteros cuando regresó á la capital. La situación de ésta no podía ser más triste. Durante el sitio habían sufrido sus habitantes toda suerte de calamidades, sospechándose que la inacción de D. Fernando, que no acudió en su socorro, fué una forma de la venganza de la reina. Como si esto fuera poco, todos los que habían tomado parte en el motín contra sus bodas, que no murieron en la guerra ó no lograron huir á Castilla, fueron muertos y confiscados sus bienes.

G. REPARÁZ.

(1) *Arrhas por foro d' Hespanha*, por A. Herculano.

LOS LOBOS SABIOS

El circo de París tiene actualmente en su programa una de las más curiosas exhibiciones, y es una manada ó colección de lobos amaestrados, ó sabios técnicamente. El interés que ofrece este raro espectáculo, nos lleva á describirlo con alguna extensión.

Durante un entreacto traen los mozos del circo al redondel, á fuerza de brazos, una especie de carro, que se parece mucho á los de los saltimbanquis, pero adornado con dibujos y dorados.

Este carro viene completamente cerrado, y luego que se ha dejado en la arena, traen los mismos mozos unas ligeras rejas de hierro de unos dos metros de altura, las cuales, enganchadas rápidamente unas á otras, vienen á formar un amplio recinto, uno de cuyos lados constituye la cerrada y misteriosa carreta.

Los fieros animales parecen un momento deslumbrados por el esplendor de las luces y aturdidos por el ruido de la música y por el hormigueo de los espectadores



MODERNOS EDIFICIOS DE LEIPZIG – *Nuevo Palacio Editorial*

que los rodean; pero muy luego se rehacen y saltando en tierra manifiestan claramente el placer que les causa el momento de libertad que se les concede. De ella se aprovechan sin demora retozando, persiguiéndose, mordisqueándose y rodando por el suelo.

Pasado este momento de expansión, digámoslo así, el *profesor*, como dice solemnemente el programa, el profesor Signor Rudesindo, restablece el orden entre sus alumnos, y á gusto y contentamiento del público se suceden los ejercicios en el orden siguiente.

Adviértase que el profesor lleva en la mano dos látigos, uno de mango corto y otro de mango muy largo, cuyo extremo está armado de una aguda punta, que los alumnos deben conocer perfectamente, pues le guardan el aire al parecer.

Ante todo, giran en redondo los lobos en torno del redondel al galope largo y forman entonces una especie de jauría, haciendo pensar en las numerosas manadas de lobos, que según narración de los viajeros suelen seguir los trineos en las estepas de Rusia. Después de haber girado en un sentido, se detienen de pronto á la voz del domador y vuelven á su carrera circular en sentido opuesto.

Después, y siempre á la voz de mando, saltan y se alinean militarmente en una plataforma preparada delante de sus jaulas. Rompen filas luego y vuelven á bajar á la arena y se ponen de pie apoyando las manos ó patas anteriores en los barrotes de la reja.

Y sigue el ejercicio de las sillas. Un lobo á una orden del domador, se pone en equilibrio, como un funámbulo, con las cuatro patas en el estrecho travesaño del respaldo de una silla. Otro lobo, con las patas posteriores en el respaldo de otra silla, apoya las manos en los hombros del domador. Otros dos lobos saltan sobre los hombros de éste y se sostienen apoyando sus manos en sus brazos extendidos. En tres sillas colocadas á continuación una de otra, se agrupan cuatro lobos de la manera siguiente: dos se ponen de pie sobre los respaldos, y los otros dos, uno á cada lado con los pies en los asientos de las sillas y las manos apoyadas en los respaldos.



EJERCICIOS DE LOBOS SABIOS EN EL CIRCO DE INVIERNO EN PARÍS

Luego agarra el domador á un lobo por la garganta, y apretándole, le hace abrir tamaña boca, en la cual introduce la cabeza.

Después se hace bajar del techo del Circo una escala doble, y los lobos suben sucesivamente por un lado y descienden por otro; pero suben por uno y otro lado, de manera que se encuentran en su camino y se cruzan y siguen, á pesar de que la escala es relativamente estrecha. A una voz del domador, todos los lobos se lanzan á la escala, se aprietan, se amontonan de arriba abajo y forman una especie de cuadro bastante divertido.

Los mozos traen entonces unas barreras que tienen metro y medio de altura, y á pesar de esta elevación las salvan los lobos, saltando con mucha agilidad y destreza.

La última escena es bastante curiosa: del techo desciende poco á poco, pendiente de un cordón, un canastillo de hierro lleno de carne. Luego al punto, con avidez característica, se agrupan los lobos debajo, saltan á una altura prodigiosa en ansia de alcanzar el canastillo y muestran una vivacidad y animación extraordinaria hasta que la apetecida carne cae al suelo á una zarpada del más listo, y entonces se asiste á un escena no menos divertida, pues no habiendo ración para todos, se la ha de llevar el más fuerte ó el más hábil, lo que es ocasión de una batalla.

Terminado el espectáculo, todavía queda algo igualmente divertido, y es el encierro de los lobos en sus jaulas respectivas. El domador abre una puerta y llama á un lobo por su nombre; pero el interpelado comprende muy bien de qué se trata, y si unos acceden obedientes saltando con presteza al carro, otros manifiestan su repugnancia á recogerse tan pronto prefiriendo quedarse fuera. Estos se ocultan detrás de sus compañeros, que entretanto retozan y juegan, y sólo á la eficacia del látigo consienten en volver al encierro.

Sin embargo, algunos lobos protestan de la injusticia del castigo, como lobos libres que son ó debieran serlo, y erizan cuello y lomo y refunfuñan y enseñan los dientes, á punto de gritar: ¡Muera el tirano!

Por último queda sólo un lobezno, que procurando merecer bien de su amo, se arrastra por tierra, haciendo el humilde, á la manera del perro que, habiendo cometido una falta, se arrastra á los pies del amo para evitar el castigo.

Este espectáculo del circo es interesante porque muestra el grado de inteligencia, de docilidad y comprensión que pueden alcanzar tan fieros animales. En efecto, los lobos en estado libre, rodeados de poblaciones y á expensas de cuyos habitantes viven y por éstos constantemente perseguidos, se hallan en un continuo estado de temor y desconfianza, y su extremo salvajismo está por demás justificado.

Pero cuando se les ve en un circo trabajando con docilidad, á la voz del amo, pueden ser asimilados á los perros. De aquí resulta al parecer que entre estos animales hay más bien una diferencia de raza que una diferencia de especie, supuestas, por una parte la inmensa diversidad de las razas caninas, y por otra el hecho cierto de que perros y lobos pueden producir mestizos. Aun bajo el punto de vista del aspecto, los perros de los pastores se parecen mucho á los lobos, y sabido es la admirable inteligencia que estos perros manifiestan en la guarda de los ganados.

Si hay gran número de hechos relativos á la inteligencia de los lobos y á su cualidad de domesticación, hay según nuestra creencia, muy pocos ejemplos de lobos que hayan merecido el epíteto de *sabios*.

Cítanse algunos, sin embargo: el año pasado, en el teatro de *Folies-Bergeres*, hubo de exhibir un domador lobos *sabios*, que ejecutaban ejercicios análogos á los que ejecuta la colección del *profesor* Rudesindo. En Auvernia, país donde abundan los lobos, suelen los cazadores hacer zanjas para coger lobos; y cuando han logrado coger alguno de estos animales, le ponen un bozal y un collarín, y sujeto con una cadena, lo pasean de pueblo en pueblo exhibiéndolo en ferias y mercados. En recompensa de tan buena aprehensión reciben dinero y efectos. La caza de un lobo vivo, equivale para estos cazadores á una pequeña fortuna, como quiera que el lobo viene á ser en sus manos un medio de ganarse la vida. Por la compra de un lobo vivo hubo de comenzar Mr. Pezón su carrera de domador.

Suele suceder que estos lobos, cuando fueron cazados de cachorros, toman apego á su amo, le obedecen dócilmente y aprenden y ejecutan ciertos juegos ó habilidades, como hacer la ronda, saltar por encima de un bastón, ponerse en pie, hacer el mortecino, bailar, etc., á la voz ó indicación del amo.

Para hacer bailar á su lobo, el maestro canta, marca el compás dando en el suelo con su palo y aun dándole ejemplo, es decir bailando él mismo: por imitación y bajo el amago del castigo cuando no basta el halago, muy luego el animal lleva el cuerpo á un lado y otro, se balancea y al parecer hace lo posible por bailar.

El baile ó danza de los lobos no es especial ó exclusiva de la Auvernia. En otro tiempo, según narración del viajero Chardin, era muy corriente en Persia. Chardin refiere, en efecto, haber visto en Tauris, por los años de 1667, lobos amaestrados en la danza. «El pueblo de Tauris, dice, tiene su mayor diversión en esta danza, y de cien leguas de distancia se llevan allí lobos muy bien enseñados á danzar. Los más hábiles se venden hasta á quinientos escudos, y por causa de estos lobos suele haber grandes tumultos en el pueblo, difíciles de calmar á veces.»

Los maestros de lobos suelen hacer ejecutar á sus animales habilidades muy curiosas, que difícilmente podría hacer un perro: una de ellas no es más que la aplicación de uno de los instintos del lobo, cuando se halla en estado salvaje.

En efecto, cuando un lobo mata una oveja, ú otro animal de igual corpulencia, si no puede devorarla tranquilamente en el mismo lugar por temor á los pastores ó á los perros, la coge del cuello con sus presas y volteándola se la carga al lomo y huye con ella rápidamente. Pues los maestros de lobos les hacen repetir esta prueba de instinto, habilidad y fuerza. Al propósito, echan al suelo un saco lleno de paja ó cosa equivalente y desembozan el lobo, sin abandonar la cadena: el lobo se precipita sobre el saco, lo coge de un extremo con los dientes, le da vuelo y se lo atraviesa en el lomo con la mayor gallardía. Así cargado corre á la redonda con aplauso de la concurrencia.

A propósito de la aptitud de los lobos para cargar con su presa, refiere la leyenda cristiana que un día atravesaba un bosque San Herbe, fatigado con pesada carga. Vió luego venir á su encuentro un monstruoso lobo cuya intención no era sino devorarlo; pero el santo calmó al fiero animal y echando en tierra su carga se la hizo tomar y llevar á lomos hasta el límite del bosque. En recuerdo de esta leyenda es de tradición en la escultura representar al santo acompañado de un lobo.

Se cree que los lobos son sensibles á la música, y con esta ocasión se han citado cierto número de hechos. He aquí uno de ellos. Un músico de aldea que volvía de una boda, hubo de caer en una zanja de cazar lobos, en que había caído uno de estos fieros animales. El lobo, todavía más fiero por el hambre, corrió á devorar al pobre músico; pero éste tuvo la feliz inspiración de ponerse á tocar su instrumento, y con esto, retrocedió la hambrienta fiera á un extremo de la zanja, donde parecía escuchar con atención; y mientras el músico estuvo tocando no se movió de allí el lobo. El músico tuvo pues que estar tocando parte de la noche y del día siguiente, pues hasta el medio día no acudieron á salvar al desgraciado los leñadores que trabajaban en el bosque, sorprendidos de oir tal música en aquellas soledades.

(De *La Nature*)

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN